

CREO poder asegurarte que los insistentes rumores que circulaban por aquí están a punto de dejar de serlo para convertirse en noticia cierta, y no en una noticia cualquiera, sino en la más trascendental de la que el género humano tiene recuerdo. El acontecimiento sobre el que tanto se ha especulado en el Cielo durante estas últimas semanas es ya un hecho y sólo estamos a la espera de una confirmación oficial. Todo hace indicar que, en efecto, Dios ya ha tomado la decisión y en un plazo muy breve proclamará solemnemente su abdicación del Trono Celestial en favor de su hijo, Jesucristo. Todas las fuentes que he consultado –fuentes muy cercanas al Centro y de las que es esperable la más absoluta fiabilidad– lo dan ya por seguro, por mucho que, como suele suceder con todo lo referente a la Casa del Padre, un espeso hermetismo se cierna sobre todo aquello que tiene que ver con sus asuntos internos.

De acuerdo con estas mismas fuentes, Dios se sentiría cansado. “Son muchos los siglos de reinado

ininterrumpido, muchos los desvelos, las tribulaciones, las preocupaciones de un Ser que, después de haber luchado hasta la extenuación, cree llegado ya el momento de descansar. Y qué mejor que su Hijo para tomar el relevo y continuar con su labor”, me decía hace apenas unas horas Ignacio de Loyola, mi tutor personal.

Te estarás preguntando hasta qué punto dábamos credibilidad al rumor aquí, en el Cielo. La respuesta no es fácil. Para algunos sectores, la abdicación era un hecho indubitable que no tardaría en producirse; pero la gran mayoría de los bienaventurados han recibido siempre todas estas conjeturas desde un profundo escepticismo no exento de ironía. Debo aclararte, antes de nada, que todo lo referente a Dios Padre estaba y sigue estando envuelto en una densa niebla de opacidad e incertidumbre. Dios sigue siendo en el Cielo tan recóndito como en la Tierra, tan impenetrable, tan ignoto. Su presencia lo llena todo, de acuerdo; pero continúa sin ser accesible a la mirada. Los bienaventurados vemos la Casa del Padre, allá en la cima, esplendente de brillos diamantinos, refulgiendo a la luz de un eterno mediodía primaveral; podemos admirar de cerca la colosal y bellísima mansión ajardinada que, allá en lo alto, preside cada uno de nuestros juegos, nuestros canticos, nuestras plácidas charlas; pero sólo vemos eso: la Casa. Nunca a su Supremo Habitante. Allí está Él, nos dicen nada más entrar. Allí...

Sabemos que está, que desde ese lugar gobierna no sólo la deliciosa holganza de los prados celestiales, sino también la infinita maraña de sucesos turbulentos que acontecen sin cesar en el (sólo aparentemente) caótico mundo que hemos dejado. Lo sabemos, por mucho que no podamos constatarlo. Es decir que, como nos pasaba en la Tierra, lo creemos.

“Él es el que es”, dice una frase muy repetida por aquí, tanto en los cantos de alabanza más filosóficamente elaborados como en la más trivial conversación de cada día. Y no, no es una infantil tautología como siempre había pensado. Hace referencia a una verdad suprema que no por obvia deja de encerrar un misterio esencial. Dios, no podemos olvidarlo, es eso para sus creyentes: el Misterio Último, su más acabada encarnación (si se me permite la paradoja). Se le adoraba en la Tierra en tanto que Misterio y se le alaba en el Cielo de la misma forma. Sucede, sin embargo, que el creyente común, escasamente familiarizado con las enjundiosas y laberínticas ingenierías teológicas, esperaba algo más al acceder a su nuevo y privilegiado estatus. Esperaba, digámoslo sin ambages, estar con Él. Esperaba ver a Dios. Es más, creía que había llegado aquí para precisamente hacer eso: disfrutar de su presencia, verlo, estar a su lado, incluso tocarlo. ¿No era ese en definitiva el desiderátum básico de todas sus buenas acciones en la Tierra y el reclamo fundamental del Cielo en cuanto que morada de goce perpetuo?

Pero, cuidado, no se debe inferir de lo anterior que aquí se respire una atmósfera de desencanto o insatisfacción; lejos de todo ello, los bienaventurados asumimos desde el primer momento esa imposibilidad esencial y nos abandonamos a la placentera brisa de la beatitud eterna. Yo, al menos, no he oído hasta la fecha ninguna queja explícita al respecto ni he detectado síntoma alguno de contrariedad o desengaño.